

reflexiones me encontraba, cuando oí un ligero ruido hacia el lado en que se hallaba el espejo; sobrecogida de espanto, dirigí los ojos hacia él, y vi que giraba hacia dentro sobre su izquierda; la idea de huir por allí y salvarme, vino de repente a ocupar mi mente; pero apenas la había concebido, cuando el espejo volvió a quedarse en su lugar, dando entrada a un hombre de toscos modales y de vulgar aspecto. Aunque vestía el traje de la gente del campo, reconocí en él al mismo que, disfrazado de mujer, me sorprendió en el coche.

»—Señorita —me dijo con la dulzura que le permitía su ronca voz—; aunque debo aparecer a los ojos de usted un monstruo, por haberle arrancado con engaño del seno de su familia, pues no niego haber sido yo el que se valió de un disfraz femenino para sorprenderla, no he cometido esta acción impulsado por mis instintos, sino por obedecer a un hombre que salvó la vida de mi madre, que ha sido después mi favorecedor, y a quien he jurado servir lealmente. Yo suplico a usted, por lo mismo, que no me conserve rencor y que me perdone la acción que me he visto obligado a cometer.

»La manera con que fueron dichas estas palabras y la sinceridad que se reveló en su semblante al pronunciarlas, me tranquilizaron un poco.

»Y veía en las facciones de aquel hombre algo de noble; y aun la misma acción criminal que acababa de cometer, advertí que reconocía por origen el reconocimiento, aunque mal aplicado, por desgracia.

»—¿Me guarda usted mala voluntad, señorita?—dijo, viendo que yo guardaba silencio.

»—No, señor; antes le compadezco a usted, porque obra contra sus generosos sentimientos.

»—Es cierto; pero, ¿qué quiere usted? Le juré a ese hombre servirle en cuanto me pidiera, y no puedo faltar a mi palabra.

»—Las promesas son sagradas —le contesté, tratando de inclinarle a mi favor y adquirir mi libertad—, en tanto que no se aparten de la moral, pues, lejos de ser meritorias, es un crimen cumplirlas cuando se dañan al inocente. ¡Ah! ¿qué bienes le resultan a él de mi desgracia... del dolor de mis desventurados padres... de la desesperación de mi amante... de mis lágrimas...?

»—Lo ignoro, señorita; pero lo que sí sé es que por mucho que me duela de vuestro llanto y de vuestras penas, nunca dejaré de servir lealmente a mi favorecedor.

»—¿Y quién es ese hombre que se goza en mi dolor? ¿qué ha dispuesto que padezca eternamente? ¿En qué le he ofendido? ¿Qué pretende de mí?

»—Tengo orden de no responder a ninguna de las preguntas que se me hagan. Vea usted, pues, si anhela cenar o se le ofrece algo, en tanto que él llega.

»—Nada... absolutamente nada... Puede usted retirarse cuando guste.

»El hombre hizo una inclinación de cabeza, se dirigió al espejo, tocó un resorte, y desapareció detrás de él.

»Yo volví a quedar abatida y sobresaltada. Comprendía demasiado mi crítica situación, y adivinaba el objeto de aquel inicuo raptó.

»Sin defensa... entregada a mis débiles fuerzas... ignorando el sitio donde me hallaba... ¡Oh...! ¡yo no sabía qué hacer...!

»En tan terribles circunstancias, mi corazón vislumbró una esperanza... un defensor... un compañero... ¡Dios...!

»¡Ah! yo levanté los ojos al cielo, caí de rodillas, y llena de ferviente fuego y de viva fe, imploré su excelsa protección.

»Aquella súplica reanimó mi desfallecido espíritu... creí que el Eterno respondía favorablemente a mi ruego, y quedé más tranquila.

»No atreviéndome a desnudarme, ni a meterme en mi lecho, me senté en una silla, donde pasé la noche en sobresaltado insomnio...

»Así llegó la luz del nuevo día y con ella el hombre encargado de mi custodia, conduciéndome el desayuno.

»—Aún no viene mi protector —dijo, colocando el chocolate sobre la mesa—; debía haber llegado anoche, pero una ligera indisposición, un dolor de cabeza, unido a una molesta calentura, le han impedido salir de México.

»—¿Luego estoy fuera de la capital?—exclamé asombrada.

»—¡Soy un imprudente! —dijo mi carcelero, mordiéndose los labios—. ¡Nunca puedo hacer las cosas como se me ordenan!

»—¡Ah! sí... —continué yo—. ¡Me lo anuncia el silencio que reina por todas partes! ¡Estoy abandonada del mundo entero y bajo el poder de un malvado...!

»El hombre no respondió, y salió, dejándome el desayuno.

»Cuando volvió al mediodía con la comida, le vi triste, pensativo y serio.

»Dejó todo sobre la mesa, me echó una mirada escudriñadora y desapareció, sin despegar los labios.

»Aquel cambio me hizo estremecer. ¿Reconocía por origen nuevas órdenes recibidas, y que él tenía ejecutar, o acaso un medio seguro de no ser indiscreto?

»Yo lo ignoraba; y en esta duda, crecían mis temores, y mis súplicas a Dios y a la Virgen.

»El temor había desterrado de mis ojos el sueño, y aquella noche, lo mismo que la anterior, la pasé en continua vela, esperando de un momento a otro la llegada del autor de mis desgracias.

»Pero nadie se presentó.

»La luz del nuevo sol y de otros seis consecutivos vino a alumbrar mi prisión, sin otra novedad que el aumento de soledad y de mal humor de mi silencioso carcelero.

»El séptimo, al llevarme el desayuno, entró muy triste y abatido.

»Yo temblé, porque temí que tenía que comunicarme algo desagradable para mí; le miré recelosa, y guardé silencio.

»Después de colocar el chocolate sobre la mesa, se puso enfrente de mí, cruzó los brazos y se quedó contemplándome, esperando, sin duda, a que yo le dirigiese la palabra; pero yo permanecí muda, cada vez más temerosa y sobresaltada.

»—Tal vez no llegará usted a conocer al hombre que, amándola entrañablemente, dispuso que la condujesen a este sitio—exclamó con profundo sentimiento, viendo que yo permanecía callada.

»—¡Cómo!—dije sorprendida, y mal disimulando mi alegría.

»—Sí; la ligera indisposición se ha convertido en horroso tifus, y no tengo esperanzas de que se salve...

»Entonces comprendí la causa de la tristeza y severidad que había notado en mi carcelero los días anteriores.

»El peligro en que se encontraba la vida de aquél a quien había jurado servir lealmente, le tenía afligido y de mal humor, mientras yo miraba aquella circunstancia como un marcado favor que la Providencia me dispensaba.

»Sin embargo, hice un esfuerzo para disimular mi alegría, temiendo atraerme la enemistad de aquel hombre, que me había tratado hasta entonces con una deferencia y un respeto extraños en una persona encargada de la odiosa comisión de carcelero.

»—Bien sé —añadió después de un instante de silencio—

que la noticia que a mí me llena de consternación, a usted le debe ser agradable, lo conozco; usted, lejos de anhelar que viva, ansiará su muerte, porque su muerte equivaldría a recobrar la libertad; pero yo, que he recibido de él inmensos beneficios; yo, que por él vivo en la abundancia; yo, aunque compadezco las penas de usted, las prefiero a la desgracia de mi protector.

»Diciendo esto, se despidió de mí y salió, dejándome asombrada de su franca manera de proceder.

»Ocho días pasé de esta misma suerte.

»El rostro de mi carcelero era el barómetro fiel que me indicaba el estado del enfermo, vertiendo en mi alma la alegría su tristeza, y su contento la amargura y el terror.

»Una mañana le vi entrar risueño y alegre.

»Mi corazón se estremeció dentro del pecho de una manera que hacía difícil mi respiración.

—¡Estaba aliviado sin duda!—interrumpió don Felipe con afán.

—Algo más que eso; ¡estaba convaleciendo! Desde entonces no tuve un instante de quietud.

»Aunque estaba persuadida de que la convalecencia del tifus es larga y delicada cada día, cada hora, cada instante esperaba la llegada del autor de mi rapto y vivía en continuo sobresalto.

»¡El menor ruido que escuchaba, me hacía estremecer y temblar, como la hoja en el árbol!

»¡Oh...! ¡aquella era una agonía continua! ¡Mi alma estaba atribulada como la del infeliz sentenciado a muerte!

»¡La memoria de mis queridos padres y de mi desdichado amante, era más viva y tierna en aquellos supremos momentos en que me encontraba sola en el mundo y amenazada de un peligro horrible...!

»Así pasé otro mes de agonía y de tormentos, sin más consuelo que mis lágrimas... lágrimas con que amasaba el pan que comía, y que se mezclaban con el agua que acercaba a mis labios.

»Mis ojos, cansados de llorar, se enfermaron, y mi salud empezó a quebrantarse notablemente... ¡Ah! Esto, lejos de entristecerme, fué para mí satisfactorio. Yo rogaba a Dios que me quitase la vida antes que permitir que me arrebasen la honra.

»Por fin, se me anunció una mañana que el siguiente día llegaría el hombre causa de mi desgracia.

»Yo quedé aterrada y sin aliento al escuchar aquella fatal nueva.

»A la hora de comer, me sorprendió ver entrar con la comida a una mujer extranjera.

»—Ha marchado a México mi hijo, y no debe tardar— me dijo—. Aquí tiene usted la comida, y por si se le ofrece a usted algo, yo volveré más tarde.

»Por la noche, al traerme la cena, la vi entrar sobresaltada.

»—¡Mi hijo no parece! —exclamó con marcada inquietud—. ¡Oh! ¡estoy temblando...! ¡Hay tantos malvados en el camino! ¡y como traía dinero...!

»—¡Se inquieta usted por la tardanza de un hijo! —le dije yo con amargura—. ¡Ah! ¡señora! Usted que es madre... usted que experimenta en este instante el pesar que causa el temor solo de una desgracia... considere usted cuál será el desconsuelo y la profunda tristeza que desgarrará el alma atribulada de los que me dieron el ser, al verse despojados de la hija de su corazón, en quien cifraban toda la ventura de su vida. ¡Mida usted, por su tormento, el que sufrirán los autores de mis días! ¡Ah! ¡ya que por fortuna existe en usted ese purísimo sentimiento maternal, lleve al corazón de mi amorosa y atribulada madre el consuelo que desea usted para sí misma, y que yo pido al cielo que le conceda cariñoso!

»Y la estreché la mano para decidirla en mi favor y que tuviese piedad de mis lágrimas.

»Aquella mujer pareció conmoverse con mis palabras; me miró tiernamente y la vi estremecerse. ¡Ah! Yo creí que Dios tocaba en aquel momento su corazón para salvarme, y la supliqué me volviese al seno de mi familia.

»—¡Eso no puede ser! —exclamó, retirando su mano de la mía y haciendo un esfuerzo sobre sí misma—. Comprendo como nadie las penas que desgarrarán el pecho de la mujer que le dió a usted la vida; pero su consideración no me hará olvidar jamás mi obediencia. Siento los males que pesan sobre usted, pero no puedo remediarlos. ¡Pero, mi hijo que no llega! —agregó, fijando los ojos en la esfera del reloj que estaba sobre la mesa—. ¡Oh! ¡su tardanza me presagia alguna gran desgracia!

»—Tal vez se habrá quedado en México—contesté yo, tratando de que ella continuase hablando, para ver si descubriría algo con respecto a lo que habían pensado hacer conmigo.

»—No; sabe que me quedo sola, y nunca se queda fuera de casa. Debí llegar a las cinco y son ya las doce de la

noche... ¡Ah! Voy a ver si desde el balcón que da al campo escucho el galope de su caballo.

»Y la mujer salió precipitadamente.

»Al despuntar la aurora de la mañana siguiente, escuché gran ruido de caballos, voces de algunas personas y el agudo llanto de una mujer. Me puse en pie sobresaltada, y apliqué el oído a la pared hacia donde el ruido se escuchaba; pero no pude entender nada de lo que fuera se hablaba.

»A poco escuché claramente los pasos de una persona que se acercaba precipitadamente y, exhalando frecuentes lamentos.

»Esto me sobresaltó sobremanera.

»Un estremecimiento general sacudió todos mis miembros. Mi corazón saltaba dentro del pecho con fuerza extraordinaria.

De repente oí el ruido como de un resorte cerca de mí. Dirigí, asustada, los ojos hacia el sitio de donde salía, y vi moverse el espejo. Yo me estremecí de espanto. Un sudor frío como el de la muerte, bañaba mi frente. Mi respiración era violenta y penosa. Mi vista estaba fija en el espejo.

»Este giró lentamente sobre su izquierda, y en seguida penetró, llorando, la extranjera, diciendo:

»—¡Han traído herido a mi hijo...!

»Y llena de aflicción y de lágrimas, abrió una alacena secreta que yo no conocía, sacó de ella un pomito con alguna medicina, y se dispuso a salir.

»Yo, que en todo aquel tiempo, que pasó rápido como una exhalación, medité en lo que hacer debía, y no viendo otro medio para salvarme que la fuga, que entonces me parecía menos difícil por hallarse herido mi carcelero, me resolví a hacer una atrevida tentativa; y cuando la extranjera hizo girar el espejo para marcharse, yo me lancé precipitadamente a la salida.

»—¡Oh! ¡no saldrá usted! —me decía, impidiéndome la fuga, y luchando conmigo, que me agarré de ella para detenerla—. ¡En vano son todos sus esfuerzos!

»Yo, que conocía la superioridad de fuerza física de mi contraria, empecé a dar voces pidiendo auxilio.

»—¡Infeliz...! —exclamó, llena de furia, aquella mujer; y tapándome con una de sus manos la boca, con la otra amenazaba ahogarme, teniéndome asida de la garganta y oprimiéndome contra la pared.

»¡Oh! Yo quise gritar, pero no pude... Me faltaba la respiración... mi rostro se puso morado... mis ojos se in-

yectaron en sangre... y no pudiendo desprenderme de la mano que me ahogaba, caí como muerta al suelo, exhalando un quejido espantoso.

A este punto de su historia llegaba la hermosa Soledad, cuando entró un criado anunciando a don Felipe que le buscaba una persona, cuyo nombre dijo, y que era de alta consideración para la casa.

En el rostro del señor Flan se pintó el sentimiento de verse obligado a no seguir escuchando aquel funesto episodio de la vida de la joven que amaba; se levantó de la silla, alargó cariñoso la mano a la afligida hermosa, y se salió, prometiendo volver lo más pronto posible a escuchar el fin de aquel interesante acontecimiento.

CAPITULO III

Concluye Soledad su historia

Soledad quedó inquieta y triste meditando en el efecto que habría causado su relación en el ánimo de don Felipe.

Acababa de saber que aquel hombre la amaba con todas las veras del alma; que aspiraba a su mano como al único bien que existía sobre la tierra, y temía que, dominando en su pecho el deseo a la razón, se creyese desairado y ofendido con la ingenua confesión de sus afectos. Sin embargo, al lado de este alarmante pensamiento, se levanta dulce y consolador otro, que, por ser generoso y noble, se asociaba más íntimamente a los leales sentimientos de su alma sin mancharla.

Este pensamiento era que, en don Felipe, cuyo franco corazón le era altamente conocido, dominaría acaso la generosidad, sobreponiéndose esta virtud a todas sus aspiraciones, y aun a su mismo amor. ¡Había recibido de su generosa mano tantas pruebas de abnegación y de sincera amistad, que casi consideraba como un crimen el haber dado entrada a cualquiera otra idea de dureza y de severidad!

—Sí —se decía a sí misma—; su alma es incapaz de ningún afecto que lleve el desconsuelo y la pena al corazón de sus semejantes; su pecho es magnánimo como el de un buen padre; sus sentimientos elevados y tiernos hasta la sublimidad, y sus ideas de justicia, invariables y rectas como las que forman el principal atributo de la diosa Thémis. Sí; estoy cierta de que respetará mi dolor y mi

infortunio; de que la sinceridad de mis palabras con respecto a su amor, no menguarán en nada su cariño y su benevolencia. Pero si me equivoco, si por desgracia la debilidad humana supera en él a los sentimientos de generosidad, entonces me cabrá la satisfacción de haber cumplido con un deber; de haber descargado mi conciencia de una superchería que me avergonzaba. Dejaré esta casa, donde he vivido en la abundancia, y habitaré, como antes, un humilde cuarto donde sólo Félix, que me comprende, sorprenderá mis lágrimas y mi melancolía.

Dos golpecitos dados a la puerta en aquel instante vinieron a sacarla de sus meditaciones.

—¿Quién llama?—preguntó con dulce y conmovida voz.

—¿Se puede entrar?—contestaron desde fuera.

—Dígnese usted pasar, don Felipe.

—Estaba impaciente por escuchar el fin de la historia comenzada —dijo el señor Flan, entrando y ocupando el asiento que poco antes había dejado—. Así es que, no bien se ha marchado la persona que interrumpió la relación en el punto más interesante, he venido a tener el gusto de escuchar de sus labios la conclusión de ella, si es que usted se digna complacerme continuándola.

—Con suma voluntad y placer voy a tener el gusto de obsequiar el justo deseo de usted.

—Mil gracias por su buena disposición.

Soledad, para traer a la memoria todos los acontecimientos, y colocarlos en el orden en que debía relatarlos, meditó un momento.

Don Felipe se dispuso a escuchar atentamente.

Había sospechado que la aflicción de la extranjera, la herida de su hijo y los gritos y lamentos escuchados por la joven, habían sido meditados para que ésta, creyendo fácil salvarse, intentase la fuga, diese lugar a que se trabase una lucha con su carcelera, y al verla privada de sentido, penetrase su inicuo raptor a despojarla para siempre de su honor.

Esta idea le tenía inquieto y sobresaltado.

Soledad, después de haber meditado un instante, continuó de esta manera su interrumpida historia.

—Al caer a tierra por la falta de respiración, y casi estrangulada por la férrea mano de mi carcelera, exhalé un hondo gemido y creí llegado el último instante de mi vida. Pero no sucedió así; al rodar al suelo y verme libre del horrible nudo que oprimía mi garganta, me sentí renacer a la vida, y viendo que mi carcelera se disponía a salir,